

HISTORIA DE ANGELA (AMARILLO)

En mi caso, la violencia comenzó con insultos. Conocía a mi pareja desde hacía 20 años, y era una buena persona. Empezó a cambiar en 2015. Tras la muerte de su madre compró varias armas, entre ellas un machete y una escopeta.

Se volvió más agresivo, no sólo conmigo sino con otras personas y a través de las redes sociales. Para él, yo no hacía nada bien.

Una noche, a principios de noviembre, la violencia se volvió física. Estábamos conversando y, en un momento dado, el tono subió y le pedí que se fuera. Me acerqué a la puerta, la abrí y dije que conversaríamos otro día. Me agarró por la capucha de la sudadera, me sacó por la puerta, se me echó encima y empezó a asfixiarme. Logré gritar y llamar a mi hijo mayor y, entonces, me soltó y se fue.

Nos habíamos separado, pero las cosas empezaban a arreglarse de nuevo, cuando una mañana tuvimos una discusión. Yo estaba en la bañera, y él entró y disparó contra mí. Sólo recuerdo los dos últimos disparos. Levanté la mirada hacia él y me dijo: *“Mira lo que me has obligado a hacer, Angie. Me has obligado a disparar contra ti”*.

Regresó con mi teléfono móvil y le dije que llamara al número de emergencia. Creí que me estaba muriendo. Sentía pinchazos en las piernas. No me había dado cuenta de que había recibido un disparo en la espalda y ya no podía moverme.

Recuerdo que me subieron a la ambulancia y le dije a la paramédica que no me dejara morir, que tenía cuatro hijos que mantener. Pasé tres semanas en el hospital, pero posterior a esto me fui recuperando poco a poco. Sobreviví a nueve disparos, pero nunca lloré por haberme quedado paralítica. Sigo cayendo en la autocompasión, pero es porque dependo de otros, cuando lo único que quiero es volver a ser madre.

AMARILLO

Regresó con mi teléfono móvil y le dije que llamara al número de emergencia. Creí que me estaba muriendo. Sentía pinchazos en las piernas. No me había dado cuenta de que había recibido un disparo en la espalda y ya no podía moverme.

Recuerdo que me subieron a la ambulancia y le dije a la paramédica que no me dejara morir, que tenía cuatro hijos que mantener. Pasé tres semanas en el hospital, pero posterior a esto me fui recuperando poco a poco. Sobreviví a nueve disparos, pero nunca lloré por haberme quedado paralítica. Sigo cayendo en la autocompasión, pero es porque dependo de otros, cuando lo único que quiero es volver a ser madre.

LA HISTORIA DE TWAHNA (VERDE)

Estaba en segundo año de universidad. Me enamoré de un tipo maravilloso, mi príncipe azul. Era la relación perfecta, hasta que un día me dio una bofetada. Me dijo: “Bruja, esto no habría ocurrido si no hubieras abierto la boca”.

Desde aquel momento, mi vida dio un vuelco. Sufrí maltrato mental, emocional y sexual. Él me humillaba, decía que estaba obesa y destruyó por completo mis fuerzas. Empecé a dudar de mi autoestima, de la confianza en mí misma y del verdadero sentido de mi vida. Pensé en el suicidio muchas veces; era una salida para mí.

Al principio no se lo dije a nadie. Me daba demasiada vergüenza contar lo que me pasaba porque mi familia y amigos lo adoraban. Él me aisló de mi red mi apoyo, de las personas que me querían y se preocupaban de verdad por mí. La comunicación con la familia y los amigos era limitada. Él vigilaba todos mis movimientos.

Finalmente reuní el valor y la fuerza necesarios para contárselo a una familiar, que me dijo: “Te creo. Mereces algo mejor. ¿Cómo puedo ayudarte?”.

Dejé a mi maltratador y me fui a vivir con ella por un tiempo, pero él me convenció para que regresara. Juró que iba a buscar asesoramiento, un programa orientado a controlar la ira, pero nunca lo hizo. Dijo las palabras justas para volver a hacerse conmigo. Lo creí con toda mi alma y le di otra oportunidad, pero nada cambió. Un día me agarró del cuello con las manos y empezó a estrangularme. Estaba como poseído. Me dijo: “Te mataré si vuelves a marcharte”. Me vi muriendo entre sus manos.

VERDE

Esa noche me acosté y recé. Escuché una voz que me susurraba al oído y supe que era la voz de Dios. Al día siguiente me desperté, y oí que la voz me decía: '*Hoy mismo te vas*'. No podía creer lo que estaba oyendo. A él le dije que me iba a trabajar y me despedí con un beso. Me escondí detrás de un edificio frente a nuestro apartamento y, cuando vi que se había metido en el coche, volví a recoger mis cosas. Jamás regresé.

Fue el momento más aterrador de mi vida. Empezar de nuevo sin él fue muy difícil, pero seguí adelante y decidida a volver a vivir. Me dediqué al voluntariado en un albergue local y a denunciar la violencia de género en algunos espacios incómodos.

Empecé a salir de nuevo y decidí regresar a la universidad. Tuve la oportunidad de contar mi historia en un encuentro de mujeres jóvenes, un acto en recuerdo de quienes habían perdido la vida a causa de este tipo de violencia. Esa noche mi historia les impactó a varias de las mujeres, y me di cuenta de que también podía motivarme a mí.

LA HISTORIA DE KIRBY (AZUL)

Conocí a alguien en secundaria y empezamos a salir. Me quedé embarazada tres meses antes de terminar los estudios y me fui a vivir con él. La primera vez que me puso las manos encima yo estaba embarazada. Yo quería que mi hija tuviera un padre, así que me quedé con él.

La violencia siguió. Se trataba de maltrato sexual, físico y emocional. Nadie sabía lo que ocurría a puerta cerrada. Él me trataba como si fuera de su propiedad.

Obtuve la primera orden de alejamiento después de que se presentara en mi apartamento, me tratara con brusquedad y me asfixiara. Obtuve otra orden cuatro años después, pero terminé por retirarla porque no tenía a nadie que me representara y temía sus amenazas.

En junio de 2017 me di cuenta de que me agredía sexualmente en la cama. Me defendí y le dije que eso era violación. Me dijo que iba a enseñarme lo que significaba realmente ser violada. Me tiró sobre la cama, intenté golpearle y le mordí con fuerza. Volvió a echármese encima y empezó a estrangularme. Mi hija vino y le dijo a gritos que parara.

Conseguí llamar a la policía. Me trataron como a una persona histérica, con delirios y poco colaboradora porque no quería repetir lo que ya había dicho cuatro veces delante de distintos hombres. El informe policial dice que me negué a escribir una declaración, pero nunca me pidieron que lo hiciera. Me dijeron que tenía que decidir si prefería presentar cargos por allanamiento ilegal o que ellos avisaran a quienes toman pruebas de violación.

Un agente de policía habló con mi hija, y luego me dijo que detenían a mi marido por malos tratos y lesiones por estrangulamiento a partir de la declaración de la niña. Me dijo: “Simplemente firme el papel, señora; ya me he cansado de tratarla con delicadeza”.

AZUL

Me reuní con mi orientadora y lo siguiente fue recibir la visita del Servicio de Protección al Menor por permitir a mis hijos presenciar malos tratos conyugales. Me aconsejaron que consiguiera una orden de protección para mí y para los niños. En la vista judicial, a él le concedieron visitas supervisadas y lo obligaron a participar en un programa de intervención en violencia de género durante 26 semanas. Lo detuvieron cuatro veces mientras asistía a las clases del programa, pero aun así obtuvo el certificado.

Él decidió después solicitar la custodia exclusiva de los niños. Cuanto más se acerca el juicio, más miedo tengo de que nos mate a mí y a los niños y huya a otro país. Solía tener un AK-47 y una Glock, siempre cargados. No sé si llegó a entregar las armas; probablemente las tiene escondidas en el garaje. Aun así estoy decidida a hacerle frente en cada paso del camino.

LA HISTORIA DE TIFFANY (morado)

Cuando conocí a mi maltratador, yo tenía 14 años. Al principio no había malos tratos físicos; era maltrato emocional. Él me avergonzaba o hacía que me sintiera inferior delante de otras personas. Lo verbal pasó a lo físico rápidamente. Cuando estaba embarazada de siete meses, me golpeó hasta dejarme acurrucada en el suelo como una bola.

Mientras mi bebé nacía en el hospital, él cobró mi cheque de maternidad y compró droga para venderla. Debíamos el alquiler, y el casero sacó todas mis cosas de la casa y las dejó en la acera.

Por fin me decidí, y no regresé. Consiguió localizarme. Apareció en la entrada de mi casa y, sin más, la situación se volvió a activar. Mentalmente estaba destrozada. Me había hecho creer que él era la única persona que me quería.

Cuando estaba en el séptimo mes de mi sexto embarazo, me apuntó con una pistola. Vi un fogonazo y sentí una sacudida en la mandíbula. Miré mi camiseta, y estaba roja. Los médicos me dijeron que la única razón por la que el disparo no me había matado era porque el calibre de la bala no correspondía a la pistola.

Estaba sentada en la entrada de mi casa, sangrando por la herida de bala que tenía en la mandíbula, cuando la policía llegó y amenazó con encerrarme si no les decía quién había disparado contra mí. Di el nombre de mi maltratador, pero luego me retracté de mi declaración porque tenía miedo y le dije al fiscal que había disparado yo misma. Retiraron todos los cargos, pero él terminó pasando tres años en la cárcel por violar la libertad condicional relativa a un delito anterior.

MORADO

Me han operado seis veces, y sigo sufriendo los efectos físicos del disparo y también el trauma. Me han diagnosticado trastorno de estrés postraumático. Tiemblo cuando estoy en aglomeraciones; siempre busco una salida. Ya no puedo leer libros porque no retengo la información; tengo una constante confusión mental. Mis hijos sufren.

A pesar de todo lo que ha sucedido, quiero sensibilizar sobre la violencia de género. Publiqué un vídeo en Facebook; aunque lloraba, quería contarle a la gente lo que me había pasado. No sé cuántas personas lo vieron, pero las puertas se empezaron a abrir. Doy muchas charlas en lugares públicos y me han pedido que prepare una obra sobre mi historia.

Es importante que las mujeres que están en esa situación sepan que alguien las entiende. Mucha gente dirá que somos idiotas; que nunca deberíamos haber regresado. No entienden el dominio que los maltratadores ejercen sobre sus víctimas.